

NESTOR TABOADA TERAN

EL PRECIO DEL ESTAÑO



El precio del estaño es una novela que se inscribe dentro de la tradición de la literatura social boliviana, con un tema siempre vigente en su historia: la lucha de los mineros. Un hecho es el eje del relato: la matanza de mineros el 21 de diciembre de 1942. La narración toma una serie de hilos que desembocan en este hecho. Hilos que van desde la vida de Simón Patiño a la huelga provocada por el sindicato minero, pasando por la absorción de la economía del estaño en el sistema capitalista internacional. Esta multiplicidad de aspectos nos da un libro rico en matices y extensiones.

Estas anotaciones tienen un principio generador: las relaciones de historia y literatura. Si la historia de Bolivia tiene una veta transversal, un filón que la atraviesa de lado a lado, es la problemática minera, en torno a la cual se forman algunos de los procesos más importantes de nuestra vida social y política. Y si hay algo que nos puede dar una imagen de Bolivia desde la perspectiva social es la problemática minera (y la histórica) vista desde la literatura.

El trabajo del minero es, en el caso de este libro, el trabajo del escritor: sacar a luz una historia enterrada. Extraer del subsuelo de nuestra historia, una parte, aquella que nunca debiera ser olvidada: nuestra historia de liberación.

Pero, *El precio del estaño*, es también historia iluminada por un trabajo de lenguaje (la literatura) y en esto la obra novelística de Taboada Terán es notable. Los sistemas de narración, los personajes individuales y colectivos, dan al hecho histórico una densidad, un espesor, que lo transforma y muestra en sus dimensiones más dramáticas y más conscientes. El trabajo literario pone en escena algo que, siendo historia, se presenta en imagen viviente de nuestro propio devenir.

De esta manera, historia y literatura forman una unidad que sólo es dable a través del hecho novelístico y la escritura de Taboada Terán.

A la memoria de Victoria Terán A.

Para Jesús Lara, Jorge Suárez, José Enrique

Viaña, Alcira Cardona Torrico, Raúl Alfonso

García y Adalid Durán.

Para Jorge Amado y Silvia de León.

El día 21 de diciembre de 1942, tuvo lugar una espantosa matanza de trabajadores mineros en la localidad de Catavi. El origen no fue otro que el precio del estaño reajustado en consideración a la guerra mundial N.º 2. Es de advertir que la violencia no fue casual, sino un crimen alevosamente planeado por políticos de tierra adentro y capitalistas de mar afuera.

Este acontecimiento imponente, que ha tenido repercusión mundial, he trasladado a la novela, utilizando, como documento fundamental, el informe del señor Martin C. Kync, vicepresidente del Sindicato de Empleados de Almacenes (Department Store) de EE. UU., quien llegó en febrero de 1943 integrando la comisión mixta de la International Labour Office, presidida por el juez federal del distrito de Boston. Massachusetts, honorable Calvert Magruder, dos meses después de la inmolación, para ser más exacto, cuando los dirigentes sindicales de Catavi eran procesados por un tribunal militar. Han sido utilizados también otros documentos, de suyo valederos, que hicieron peligrar la compleja estructura de la novela.

La masacre de Catavi es una fuente de enseñanza y savia de esperanza para las épocas que aún estamos obligados a sufrir.

Y cuando al fin estalle el esplendor del día,
junto a los otros nombres uno —Catavi— se
alzará
con un millón de rosas de la sangre florida.

Raúl GONZÁLEZ TUÑÓN

EL VIENTO DEL ATARDECER SILBABA LEVEMENTE.

Mientras esperaban ser recibidos los hombres celan como el sol se hundía, perezoso, tras de los caseríos relumbrantes de Siglo XX, tiñendo el horizonte de arbores anaranjados. De pronto la puerta se abrió y el abogado de la provincia, diputado por el partido republicano, estaba frente a ellos. Una gruesa bufanda de vicuña le rodeaba el cuello que asomaba rugoso entre sus pliegues.

¿Qué quieren?, les preguntó.

Doctor, hemos venido pura que nos escribas una cartita...

¿Una tarta?

Sí, doctor, una curta de solicitudes.

Sonrió, Los hombres franquearon la puerta. En el patio un perro de tosca pelambre ladraba pugnando por liberarse de la cadena que lo sujetaba. Entraron a una habitación enfarolada de ordinarios vidrios multicolores. Un retrato de Creta Garbo pendía en indumentaria de audaz semidesnudo y sobre una repisa de madera una careta de Diablo ardía lujuriosa. Al fondo un escritorio y frente a éste media docena de escuálidas sillas. Una inmensa tricornia de Bautista Saavedra presidio el conjunto. Sin dejar de sonreír, volvió a interrogarles:

¿Y para quién es la carta?

Para la compañía, doctor.

Un agrio gesto de sorpresa se dibujó en el rastro del letrado provincial. Queremos aumento en nuestros salarios... Hundió sus dedos en el teclado de una Remington bulliciosa. Respetado señor Gerente. Sus dedos movíanse tentacularmente transcribiendo al papel la petición de los trabaja-

dores mineros. ¿No les alcanza lo que ganan? La coca, el chuño, el charque, la quinua... Y los hombres de trabajo empezaron con su larga y triste peroración sobre la pobreza y el desamparo. En Catavi hemos comido desdichas hasta hartarnos, doctor. Antes de concluir, preguntó quienes firmarían la petición.

Nosotros, Isidoro Callata del ingenio y Leonardo Pacoricona de la Sink and float.

Los dos nombres quedaron estampados en el papel. El abogado se dispuso a leer con voz ronca y parsimoniosa el texto impreso.

Mientras leía, los mineros se revistieron de un aire solemne y victorioso.



PRIMERA PARTE

1

—¡ABAJO LA COMPAÑIA EXPLOTADORA!, un remolino de protesta se elevó de la asamblea.

Puños levantados e injurias tajantes hacían vibrar, con fragoroso estruendo, las chapas de calamina que cubrían el techo de la sala de sesiones. El estrépito retumbaba sonoro entre las cuatro paredes. La lámpara de carburo en la repisa, cambiando de colores, relumbraba vivamente. Isidoro Callata irguiéndose de su asiento levantó los brazos:

—¡Un momento, compañeros! Les pido un poco de serenidad, las protestas fueron debilitándose, sí, compañeros, para tratar el asunto que está en mesa. Ahora va a dirigirles la palabra el compañero Toribio Ayarachi, mecánico del ingenio.

Cesó el alboroto y Ayarachi se adelantó hacia la mesa para hablar.

—Compañeros, es cierto lo que se acaba de informar: nuestro pedido ha sido desestimado.

No estaba ausente. Sentía la nostalgia de los campos de Tarata donde había nacido. La suavidad del clima los huertos umbrosos, los maizales dorados le habían pulido el alma de bucólicas memorias. En su infancia, cuando a pastar rebaños de ovejas ganaba serranías ásperas fue lentamente penetrándose de la dimensión del paisaje. Los anchos horizontes recortados en sus términos por la irrupción solemne de la Cordillera le dieron a su temperamento un matiz de dulce reserva. Se paraba en lo alto de las lomas a contemplar la fértil pradera, los sembrados en cuadro revelando la voluntad del hombre. Sus padres que habían tra-

bajado desde viejas generaciones no poseían sino un miserable pegujal precario por el cual laboraban en las vastas tierras del patrón cuatro días a la semana, gratuitamente. Más tarde, él también habría de ser siervo pegujalero. Condenado a vivir en la indigencia de los feudos rústicos. Pero más allá de la Cordillera, tramontando el crepúsculo, los hombres trabajaban y se enriquecían. Desde niño había escuchado de labios de los pampinos versiones fabulosas de la vida minera. Más allá. Algún día, hombre grande, habría de vencer las lejanías para comprobar la veracidad de las historias. Así fue como, una vez roto el encanto artificioso de su comarca, partió hacia Oruro... Y conoció a Olegaria.

—A mí me consta que el gerente Hutcheson ha dicho que él no tiene autoridad para concedernos el aumento que hemos pedido. Dice que todo depende del Consejo de Directores de Nueva York...

Nuevamente la ola de protesta se elevó de la asamblea. Isidoro Callata parpadeó, pidió la palabra Leonardo Pacoricóna. Le concedió maquinalmente sin truncar su caudaloso poder evocativo. Y con Olegaria se fue a La Paz. Levantó adoquines y colocó rieles para la Bolivian Power. Manejó tranvías. Entretanto Olegaria, hilvanando fantasías y zurciendo primores, cosía polleras. Lina novedad insólita levantó revuelo en los grupos proletarios de la ciudad. En Rusia los trabajadores se habían apoderado del poder político y los ricos eran castigados por la justicia revolucionaria. Con la deslumbrada emoción de la gente sencilla no atinaba a comprender plenamente el alcance de lo sucedido, pero entreveía que obreros modestos como él eran capaces de emanciparse por sus propios medios. Una vez le habló a Olegaria del asunto y Olegaria le miró largamente, sin comprenderle. Se afilió al sindicato de tranviarios y al partido republicano de Saavedra para combatir a la rosca oligárquica. Ascendió a dirigente del gremio. Tina tentativa de huelga y fue puesto de patitas a la calle por los gringos de la Bolivian Power. Colgó su gorra de tranviario y se reengan-

chó en una agencia de contratación para las minas del Rey del Estaño.

—¡Compañeros, debemos ir a la huelga porque no nos queda otra salida!, la consigna corrió como pólvora encendida.



Por entre la atmósfera brumosa los mineros endieron sus puños airados y las palliris hicieron revolear sus sombreros blancos de copa alta. ¡Viva la huelga! Isidoro Callata nuevamente se irguió. Compañeros, hermanos míos... El resplandor de la lámpara de carburo le bruñía el aristado rostro, resaltaban sus facciones de hombre maduro. Por efecto de la segunda guerra mundial, las minas de estaño del país habíanse transformado en las primeras productoras y exportadoras del mundo. La empresa Patiño Mines que vendía el metal a dólares 0,48 la libra fina, había obtenido un reajuste a 0,60, con efecto retroactivo a seis meses. Una montaña de dólares enriquecía a los propietarios de los consorcios, pero en la donosa prosperidad los trabajadores no tenían participación. Por el contrario, los precios de los productos de primera necesidad que se distribuían en las pulperías habían sido reajustados. La solicitud de aumento de salarios del sindicato no había merecido respuesta y sus directivos alentaban la decisión de ir a la huelga. Pero adoptar esa actitud, precipitadamente, era en extremo peligrosa. Para decidir la situación había sido convocada la reunión.

—Soy partidario, les dijo, de actuar con cautela. Es mejor que declaremos previamente el pie de huelga. El Rey del Estaño y el gobierno pueden interpretar torcidamente nuestras intenciones, acusándonos de actuar por razones extrañas a los trabajadores. Sugiero, en consecuencia, que el pie de huelga dure una semana. Si no hay arreglo en ese tiempo, el sindicato declararía recién la huelga indefinida. Esto me parece prudente, compañeros.

Aclamaron las palabras de Isidoro Callata. No obstante, uno de los asambleístas dirigiéndose al conjunto preguntó en voz alta por el asentimiento.

—¡De acuerdo!

Y corroboró en quechua:

—Wallejllachu, compañeros.

—Wallejlla!, fue la respuesta de la concordancia Noche de exaltaciones. Los carpinteros, mecánicos, albañiles, alarifes, metalúrgicos, palliris, fundidores, chivatos y peones habían dado su aprobación. La reunión fue clausurada. Algunos trabajadores desanudaron sus pequeñas bolsas en las que llevaban su provisión de coca. ¿Qué dirá mañana el Qharakunka? Le va a dar un patatús. Isidoro Callata retiraba cuidadosamente los documentos que había leído el secretario de actas.

CARGANDO EN SUS ESPALDAS MAS DE OCHO DÉCADAS el Emperador se va, se acaba en su increíble ascenso y omnipotencia, pensó el Príncipe Feliz contemplando a la belleza mejor pairada del mundo que dormía a su lado. Camina sobre el crepúsculo apoyándose en la luz de las verdades y frente al Oran Adversario ya no está en condiciones de enfrentarlo. O huir. Y yo, su hijo, no tardaré en constituirme en el nuevo Rey. La mitad de la legendaria fortuna heredaré limpiamente. Una de las infantas ya había recibido la más grande dote que se registra en la historia, la puchualidad, como decía el Rey, de veinte millones de dólares. Sintió piedad por el hermano mayor, el Príncipe Idiota y por la Reina madre que arrastraban el trágico oropel de toda dinastía: la imbecilidad y la decrepitud. Y no le quedaba otra cosa que ser el tutor único y absoluto. Futuro gran señor, opulento y magnífico, dueño de palacios deslumbrantes y propietario de valiosas colecciones de arte. Se levantó y dirigió hacia el baño. Entretanto, despertó la beldad y palpó la cama. El amante no estaba. Lo reclamó y el Príncipe Feliz que se enjabonaba en la bañera, le respondió ven, mi amor. Aún con el sueño en los párpados sonrió irónica. ¡La invitaba al baño! Un instante pensativa y tierna, acarició ideas enigmáticas. Tiró las sábanas y desnuda caminó por